
CUENTOS BREVÍSIMOS DE JAIME TATEM BRACHE

PARÁBOLA DEL HOMBRE Y EL ÁNGEL

Un hombre, después de deshacer la gruesa cadena de los días, llegó al cielo traspirando estrellas.

Sorprendido, un ángel le preguntó:

-¿Cómo entró usted?

Y él se encogió de hombros.

El ángel, más sorprendido todavía, le dijo que su lugar era el infierno.

Y el hombre despertó.

1985

Y UNA INMENSA SÁBANA BLANCA

Ahora estás sentada frente al espejo ovalado de tu voz. Miras con sorpresa los ojos que te contemplan fijamente y se desvanece el reflejo. Entonces ves el motorista que vuela por la avenida Independencia. Y hay un camión, frenos, gritos, vidrios rotos, sangre y una inmensa sábana blanca.

Brota de tus ojos un llanto sordo, como una casa de mil años, cuando atinas a decir: <<¡Ay, mi hijo!>>. Y vuela sobre el mundo una lechuza.

La tristeza está chorreando por las paredes del cuarto. El teléfono, con sus manos crispadas y los ojos desorbitados, te llama a gritos. Despiertas con el corazón galopando por una pradera de espanto. Levantas el auricular... Y una inmensa sábana blanca.

1989

EL VIEJO

Cuando se dio cuenta de que nadie en el mundo lo quería, abrió sus brazos a la muerte y se fundió en el olvido.

1999

ANDO EXTRAVIADO POR EL MUNDO

Cuando yo era niño, tras la lluvia que enternecía la casa con sus golpes de amor sobre el tejado, sembraba mis ojos en el camino de colores que surcando el cielo me invitaba a recorrerlo.

<<*Olivo Salcedo* -me dijo el corazón al verme extasiado ante tal maravilla-, *al final del arco iris hay una olla de oro dentro de la cual mana incesantemente la abundancia*>>.

En ese instante decidí que un día la alcanzaría para repartirla entre todos. Y una mañana, ya hecho hombre, salí dispuesto a realizar mi sueño. Sin embargo, por más que avanzaba, no conseguía alcanzarlo. Agotado, quise volver; pero no encontré el camino de regreso. Y desde entonces ando extraviado por el mundo.

1999

UN TIEMPO ENTRE NOSOTROS

Como Angélica hace mucho que no viene -ella que con frecuencia deja su nido para estar un tiempo entre nosotros-, fuimos a visitarla mi abuela, mi madre y yo. Muy temprano tomamos el *jeep* que nos transportó a *Los Azules*, y, al final de la carretera, nos desmontamos y seguimos a pie. Suponíamos que *Abuela*, nacida y criada en las montañas, conocía estos senderos y nos guiaría con precisión; pero atravesamos una niebla y nos extraviamos. Y camina, camina, camina, hasta que en un recodo, a la sombra de un roble centenario y barbudo, nos encontramos con Angélica. Entonces, bajo el peso del asombro, nos habitó el silencio. Y ella nos llevó a su casa, donde encontramos su cuerpo tendido sobre la cama.

1999

UNA NOCHE EN SALCEDO

Aunque esto parece ficción, yo doy fe y testimonio de que es real. Tan cierto como que estoy aquí, contándolo.

Estaba en Salcedo, mi pueblo natal, sentado en el patio de mi casa, junto a Belkis Ramírez, una amiga escritora que había venido a visitarme desde Santo Domingo. Hablábamos de literatura, de filosofía y de la vida, cuando ella miró hacia arriba y quedó deslumbrada.

-¡Ay, Jim; pero Salcedo está cerca del cielo! ¡Mira qué firmamento tan bello! ¡Es la noche estrellada más hermosa que he visto en toda mi vida! ¡Dios mío! ¡Hasta tengo la impresión de que si levanto las manos podría coger un lucero!

-No es simplemente una impresión -le dije-. Es así.

Y levanté las manos y cogí una estrella y se la regalé.

1999

DIÁLOGO CON LA LUNA

A I. M.

Redonda y contundente, la luna se asoma desde una obsesión de espumas.

-¿A ti no te da miedo caminar en la oscuridad? -le pregunté a quemarropa.

-No -me respondió después de un breve silencio.

-¡Ay, a mí sí! -le confesé sin rubor-. Uno podría extraviarse en el camino...

-Enciende la luz -me dijo mirándome de frente-. Tú la llevas dentro.

Redonda y contundente, la luna se oculta tras una obsesión de espumas.

2000

GIRASOLES EN EL ATARDECER

María Josefa de la Cruz, Mamá Fifa, me refirió la historia que voy a contar. Tiene, como es natural, las variaciones con que las habrá enriquecido la infinita sensibilidad de la memoria y el olvido.

En una noche sin estrellas, un hombre caminaba por el sendero de la vida. Iba como en medio de un cafetal -y ya se sabe lo espesa que cuelan las noches esas plantaciones-, cuando se encontró con un cocuyo. Lo agarró y con su esperanza iluminó la senda de sus días. Al llegar a la casa, lo soltó; pero no pudo dormir: el cocuyo, alma en pena, se pasó la noche atormentándolo.

-Ven, llévame donde tú me encontraste-, le decía una y otra vez.

Ya amaneciendo, encomendándose a Dios y a todos los santos, el hombre no tuvo más remedio que responder a su reclamo; y volvió sobre sus pasos y lo llevó al lugar de origen.

-Yo alumbré tu camino -escuchó que le dijo cuando se marchaba-. A cambio, sólo te pido que alimentes mi recuerdo con girasoles en el atardecer.

Pero como el muerto no tenía sepultura, todas las tardes, el hombre lanza los girasoles en el mar.

2000

PALOMA AGONIZANDO SOBRE EL CÉSPED

Cuando salí de la lluvia, encontré una paloma agonizando sobre el césped. Era blanca con la cabeza ensangrentada. Daba aletazos tratando de agarrar la vida, que se le iba en incesantes chorros rojos. Pensé en matarla para evitarle el sufrimiento; pero no tuve valor. La acompañé largo rato, incapaz de hacer otra cosa, hasta que decidí seguir mi camino. Llegué a casa. Me bañé. Leí. Me acosté -desnudo como siempre-; pero no tuve reposo: me pasé la noche entera soñando con la blancura herida. Volvía a salir de la lluvia y la encontraba agonizando sobre la yerba. Despertaba, me dormía y ahí estaba sobre el verde ensangrentado. Y en el sueño, ya al amanecer, encontré coraje para hacer cesar su angustia y le aplasté la cabeza con una piedra.

No sé si hice bien o interrumpí un proceso cuyo remordimiento me seguirá los pasos por la Tierra.

2000